

*sileñas. Paz, a causa de sus propias actividades profesionales, vivió muchos años en otros países, teniendo un contacto directo con culturas diferentes, como las del Japón e India. Esto, sin duda, interfirió en su manera más culturalista que lingüística de lidiar con las literaturas de esos países.*

—Sí. Y le puedo decir que el trazo definidor de Paz fue su profunda inmersión en la cultura hindú en sus varias dimensiones. Él conoció los monumentos, acompañó rituales, tuvo una vivencia de las tradiciones religiosas, como el tantrismo, por ejemplo.

—*De ahí que el poema Blanco sea una reinención tántrica del Coup de dés, ¿no es cierto?*

—Exactamente, *Blanco* aprovecha *Un coup de dés* vía tantrismo, algo fantástico, realmente. Así, yo diría que tenemos ópticas diferentes y hasta complementarias en la manera de lidiar con Oriente. En mi caso, no tengo la vocación culturalista de Paz. Si yo fuese a traducir poesía hindú mi posibilidad de hacerlo sería a través del estudio de la lengua y, nuevamente, siguiendo aquel procedimiento que va de lo concreto más rudimentario, que es el conocimiento de la lengua, hasta el estudio de las formas literarias más elaboradas.

—*Creo que tanto su procedimiento como el de Paz posibilitan una reconfiguración del concepto de literatura universal, siempre circunscrito a los cánones de Occidente.*

—Eso me recuerda una observación de un profesor de literatura comparada, Earl Miner, gran especialista sobre todo en cultura japonesa, autor de varios trabajos importantes, que en un libro editado por la Universidad de Brasilia sobre literatura comparada califica a la literatura occidental de provinciana, dado que ella se considera la única expresión literaria, ignorando sobre todo expresiones literarias milenarias como la china, la japonesa, la hindú, la islámica, la persa. Para él, son pocos los escritores occidentales que se dan o se dieron cuenta de que la literatura no ocurre sólo en ese mapa occidental. La literatura no tiene apenas raíces grecohebraicas, ni apenas se da en ese espacio de las lenguas preferenciales de Occidente.

—*Borges mostró eso bastante bien, al buscar en esas literaturas milenarias apoyos creativos para su propia literatura. Al parecer el libro que*

*escribió sobre el budismo, en colaboración con Alicia Jurado, tiene gran prestigio en Japón. Esto evidencia, como usted dice a propósito de la recepción de la poesía concreta por los japoneses, que los orientales se interesan por las lecturas y apropiaciones que hacemos de su propia cultura.*

—Exactamente. Además de Borges, que tenía ese interés hacia Oriente, con una impregnación muy grande, yo citaré a algún otro que también tuvo un gesto, yo diría, bien heurístico, en relación al Japón: Roland Barthes. Su *Imperio de los signos* fue recibido por los japoneses con mucho interés. En cierta ocasión un poeta semiótico japonés, que estudió con el grupo del filósofo Max Bense, me regaló una antología en la cual él participaba junto con varios semióticos japoneses y que enfoca varios aspectos de la cultura nipona, cuyo título en la versión inglesa es *Empire of Signs*, una tarea homenaje al libro de Barthes. Mucha gente critica a Barthes diciendo que él estuvo sólo quince días en el Japón y se aventuró a escribir un libro sobre la cultura japonesa. Pero no importa que fueran quince días. Él venía reflexionando sobre eso hacía mucho tiempo y, con la gran sensibilidad semiótica que tenía, hizo un trabajo de descodificación de signos muy apreciado por los propios japoneses. Por ejemplo, él no ve aquella cuestión de la etiqueta, de la medida, como una forma de subordinación sino como una forma de relación civilizada con el otro.

—*Ahora una pregunta más personal: esa opción suya predominantemente estético-lingüística ¿excluye necesariamente una afinidad mística con esas culturas de Oriente?*

—No tengo ese tipo de afinidad porque no soy una persona mística. Pero siempre tuve mucho respeto por todas las religiones. Es evidente que no puedo respetar a un chiíta árabe o a un fundamentalista hebreo, que participen del fanatismo y sólo merecen repudio. Respeto las especificidades culturales, los ritos que componen las religiones, aunque no sea religioso. Por otro lado, creo que ser agnóstico no es ser ateo. Agnóstico es aquel que se interroga. Yo siento aquello que el último Oswald llamaba la «constante órfica en el hombre», el miedo ante lo «sagrado» y las cosas incognocibles, para las cuales no se hallan respuestas y que ni siquiera la ciencia sabe explicar. Por ejemplo, el hecho de que no sabemos de dónde venimos y para dónde vamos, si hubo intervención de un dios creador o si la naturaleza es, como pensaban los panteístas, una engendradora de todo esto, etc. Además tengo mucho interés tanto en la cábala hebrea, como en el budismo, el taoísmo o la religión védica. Pero todo ese interés mío, antes de

tener una tónica mística, tiene una tónica de interrogación intelectual. El agnóstico es aquel que no tiene una gnosis definida, lo que no quiere decir que él niegue la posibilidad de una gnosis. El agnóstico se encuentra en un proceso de búsqueda y, en ciertos momentos cruciales de su experiencia vital, esa búsqueda llega a imponerse. De repente, su lado racional está, digámoslo así, avasallado por esa «constante órfica» de la que hablaba Oswald.

—¿Y la poesía, no sería su religión como fue la de muchos poetas?

—En cierto sentido es eso mismo. Si tengo una religión, esa religión es la poesía. O por lo menos, todo lo que puede ser religioso en mí pasa por la criba de la poesía. Como ya dijo Novalis, «cuanto más poético, más verdadero». Yo me acerqué a los textos bíblicos y, por ejemplo, un texto como el *Eclesiastés*, que traduje íntegro, me impresionó profundamente. Es, digamos, el momento más radical, en el Antiguo Testamento, de reflexión sobre la infinitud del hombre. Ni el libro de Job posee esa radicalidad, pues termina con un *happy end*. Ya en el Qohélet, el libro termina con la expresión de la finitud radical del hombre: «no son más que animales y nada más», quiere decir, ante la muerte no hubo nadie que oyese decir que el destino del hombre es diferente del destino animal. Ambos mueren y acaban. El Qohélet no pensaba en la inmortalidad del alma, ya que ésta no fue necesariamente una tesis hebrea, sino una cuestión consolidada en el cristianismo. Para él, el alma se disolvía en lo universal. Fue lo que, más tarde, constituyó el objeto de una herejía en el ámbito del cristianismo medieval, que es el llamado monopsiquismo, de origen árabe-averroísta. Dentro de ese principio, no hay alma individual, sino una gran alma universal, la cual se va a unir al alma del hombre en el momento en que éste muere. O sea: la llamada alma individual deja de ser individual para disolverse en un alma universal. Es la famosa herejía de Siger de Brabante, que fue condenada por Santo Tomás de Aquino, lo que parece la realización, *avant la lettre*, de aquella historia de Borges, sobre los dos teólogos enemigos en presencia de Dios, que no puede distinguir entre ellos, por ser la misma persona. En el *Paraíso*, Dante reconcilia a los dos que, en la vida real, fueron irreconciliables. Siger de Brabante fue condenado como herético y tuvo un fin extrañísimo. En fin, el *Eclesiastés* fue el poema más radical sobre el carácter finito del ser humano y el carácter de vacío, de «niebla de nada», de las glorias y de todo. Es un texto que tiene una fuerte dimensión de contemporaneidad. Él cree que el hombre no fue capaz de alcanzar la grandeza y la belleza del proyecto de Dios y hasta incluso llegó a desviarse de este

proyecto. En hebreo, la palabra «pecador» tiene una concepción diferente de la cristiana, y quiere decir aquel que queda fuera del blanco, que no consigue atinar con el proyecto de Elohim: o da más allá o más acá, pero nunca llega al blanco. Así, existe una concepción de la *gracia*, fundamental en la concepción hebrea. ¿Por qué algunas personas son afortunadas y otras no? Thomas Mann se interesó por eso en su tetralogía de José: ¿por qué José es afortunado y los otros hermanos no lo son? ¿Por qué existe esa elección? Esa elección corresponde al hecho de que determinadas personas aciertan en el blanco y otras no aciertan. Y no son aquellas que pensamos que acertaron las que aciertan realmente. Quien decide sobre el hecho de que éste o de que aquél acierte en el blanco es Elohim y nosotros nunca podemos saber cuál es su designio. O sea, es un círculo vicioso, incluso irónico, y esto está presente en el *Eclesiastés*. Te lo confieso: Pound decía, después de haber estado estudiando mucho a Confucio, que su religión era la filosofía confuciana; en mi caso, hubo un momento, que hasta hoy me impresiona mucho, en que casi hallé que mi religión era el Qohélet.

—*Volviendo a la cuestión de la poesía oriental, ¿cuál son sus nuevos proyectos en esta área?*

—Hice el libro *Escrito sobre Jade*, con Guilherme Mansur, y como quedamos muy entusiasmados con el resultado, le propuse otro libro reuniendo todas mis traducciones de la poesía japonesa, a la que voy a dar un título que tomo de una obra jesuítica, una gramática más o menos de la época de Anchieta y que se llama *Gramática da Língua Japoa*. En mi caso será *Antología da Poesia Japoa*.

—*Muchos poetas lectores de esas traducciones que usted hacen se van a nutrir de ellas para crear nuevos poemas y nuevas poéticas.*

—Yo digo que esas traducciones han influido mucho en mi propio trabajo poético y creo que pueden influir también en el trabajo de otros poetas.

*Traducción: Juan Malpartida*